

GEORGE ELIOT

Los infortunios del reverendo
Amos Barton

Traducción de César Palma

Editorial Belvedere



**Editorial
Belvedere**

Título original: *The Sad Fortunes of the Reverend Amos Barton*

Primera edición: junio 2008

© de la traducción, César Palma, 2008

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 7191

28012 Madrid

E-mail: editorial.belvedere@hotmail.com

Diseño de la colección: Leticia Esteban

ISBN: 978-84-936533-0-9

Depósito legal: M. 30.015-2008

Impreso en España – *Printed in Spain*

Fotocomposición e impresión:

Imprenta Taravilla

Mesón de Paños, 6

28013 Madrid

1

Hace veinticinco años la iglesia de Shepperton era muy distinta a la de hoy. Bien es cierto que el reloj, el inteligente ojo de su sólida torre de piedra, nos sigue mirando tan amistosamente como en el pasado, pero aparte de eso todo lo demás ha cambiado. Lo que ahora flanquea el campanario es una amplia nave con tejado de pizarra, ventanas altas y simétricas, puertas exteriores de roble vetado y brillante, puertas interiores que no hacen ningún ruido merced a que están forradas de paño rojo. En cuanto a sus paredes, ya no habrá liquen que pueda con ellas, pues han quedado tan lisas y blancas como la coronilla del reverendo Amos Barton, tras diez años de calvicie y de aplicarse más jabón de la cuenta. En el centro de la nave hay bancos de formas agradables, en los que puede sentarse todo el mundo; y, en ciertos rincones, más distantes de la mirada del clérigo, asientos reservados para las personas más pudientes de

Shepperton. Por último, hay amplias balconadas sobre columnas de hierro, en una de las cuales se encuentra la joya, la gema, la alhaja de la iglesia de Shepperton, a saber, un órgano no excesivamente desafinado, en el cual un cobrador de recibos, al que las circunstancias lo han convertido en organista, acompaña la salida presurosa de los fieles tras la bendición con un minué sagrado o un sencillo Gloria.

—Una mejora inconmensurable —dicen las personas juiciosas, que acogen con unánime beneplácito todas las medidas que garantizan el progreso de la humanidad, como la Nueva Policía, la ley de Diezmo y el Servicio Postal.¹ Esos reformadores natos no consienten el menor desliz de la imaginación conservadora ni que ésta deplora la pérdida de las obras antiguas y pintorescas, y sus colores oscuros, ahora reemplazadas en todas partes por edificios recién pintados, con planos, alzados y secciones espectaculares, pero, ¡ay!, sin cuadros. Me temo que yo no soy una persona juiciosa. No, yo siento apego por los excesos del pasado, guardo buen recuerdo de los gangosos cantores y de los pastores que usaban botas de caña alta, y suspiro por lo antiguo y por los errores vul-

¹ La Nueva Policía se refiere al cuerpo de policía creado por sir Robert Peel (1788-1850), entonces ministro del Interior, en 1829; la ley de Diezmo data de 1836; el primer servicio postal fue creado en 1840. (*Las notas a pie de página son del traductor*).

gares. No ha de sorprender, pues, que añore la vieja iglesia de Shepperton, con su fachada de estuco desigual, su tejado de tejas rojas, sus ventanales irregulares constelados de fragmentos de cristales de colores y su pequeña escalinata, con su petril de madera pegado a la pared exterior que conducía a la galería del colegio.

¡Y el interior, qué ornamentos tan viejos y bonitos tenía! Me deslumbró desde el principio, cuando era un miembro tan novato de la congregación que mi niñera estimó oportuno darme pan con mantequilla en el edificio sagrado para afianzar mi paciencia devota. El sepulcro de la familia Oldimport estaba en la pared del fondo del presbiterio, bajo un arco en el que se apretujaban dos pequeños querubines que sostenían su blasón, con manos color sangre, calaveras, esqueletos, zarpas de leopardo y cruces de Malta, de todo lo cual extraía interpretaciones infinitas. En el coro había placas recordatorias de las obras de beneficencia hechas para los menesterosos de Shepperton, grabadas en mayúsculas estilizadas y ornadas con florituras, que yo descifraba con renovado deleite gracias a mi erudición alfabética. Entonces no había bancos, sino asientos enormes y espaciosos, en los que los feligreses se sentaban unos frente a otros durante las «lecturas», haciendo lo posible por mirar a cualquier sitio menos al que tenían delante. No había, como hoy, separadores bajos que permi-

ten verlo todo, sino tabiques oscuros y altos, bajo cuya sombra me recogía durante la letanía; luego, cuando me ponía de pie para cantar los salmos, sentía que surgía con más fuerza a la vida pública.

Los cánticos, por su parte, tenían algo especial, no se entonaban de forma maquinal o rutinaria. Cuando llegaba el momento de salmodiar, ocurría algo que me resultaba tan misterioso y enigmático como la floración o las estrellas fugaces: de pronto una pizarra aparecía delante de la galería con el salmo que había que cantar, escrito en grandes caracteres, por si el sonoro anuncio del clérigo que dirigía los responsos no hubiese sido oído por las almas pueblerinas. Acto seguido el clérigo avanzaba hasta el centro de la galería, donde, en compañía de un fagot, dos clarinetes, un carpintero al que se atribuía el sorprendente poder de cantar al revés, y dos astros menos musicales, formaba el complemento de un coro que en Shepperton se consideraba una gran atracción, y que a veces convocaba a oyentes de la parroquia vecina. Los libros de himnos eran una novedad aún inimaginable; incluso la *Nueva versión* se aceptaba con una especie de tolerancia melancólica, como si formara parte de la degeneración universal, en una época en que los precios habían bajado considerablemente y una falda de lana ya no duraba toda la vida; y es que el gusto lírico de las mentes más ilustres de Shepperton se había formado con Sternhold y Hop-

kins.² Ahora bien, el mayor triunfo del coro de Shepperton tenía lugar el domingo, cuando en la pizarra se anunciaba una «antífona», que dignamente se renunciaba a nombrar, cuyas palabras y cuya música quedaban muy lejos del alcance de los aficionados más distinguidos de la congregación, una antífona que hacía que los clarinetes aceleraran siempre el ritmo y que el fagot de vez en cuando les lanzara una nota fulminante.

El prelado de entonces, el señor Gilfil, era un excelente caballero entrado en años que fumaba largas pipas y pronunciaba sermones muy breves. Pero no quiero hablar de él para no caer en la tentación de contar su vida, en la que no falta un lado novelesco, como en la mayoría de las vidas entre la infancia y la edad en la que se empieza a fumar. Además, aquí he de ocuparme de un pastor de una índole completamente distinta, el reverendo Amos Barton, que no llegó a Shepperton hasta mucho después de que el señor Gilfil dejara este mundo, pasado un intervalo de tiempo durante el cual el evangelismo y la

² Entre 1801 y 1820, la Iglesia de Inglaterra publicó cuarenta himnos nuevos destinados a reemplazar la «Versión antigua», *The Whole Body of Psalms, Collected into English Metre* por T. Sternhold, John Hopkins y otros, 1562, y la «Versión nueva», *New version of Psalms of David, Fitted to the Tunes Used un Churches*, por Nahum Tates y Nicholas Brady, 1696.

cuestión católica³ había empezado a agitar las almas rústicas. Un herrero papista había suscitado una fuerte reacción de los protestantes tras declarar que, en cuanto se aprobara la ley de Emancipación, iba a enriquecerse fabricando parrillas. Pero casi ningún parroquiano de Shepperton estaba dispuesto a compartir la única gloria de san Lorenzo, así que se tomaron el asunto entre la Iglesia y la Constitución como algo personal. Un ferviente predicador evangelista había hecho que las viejas paredes del templo retumbaran con una elocuencia muy diferente a la del señor Gilfil, el libro de himnos prácticamente había reemplazado las versiones *Antigua* y *Nueva* y los amplios asientos cuadrados estaban atestados de caras nuevas llegadas de los puntos más distantes de la parroquia, incluso de iglesias disidentes.

Espero que no crean que Amos Barton era el pastor titular de Shepperton. Distaba, en efecto, de ocupar ese cargo. En aquellos tiempos un hombre podía ser titular de tres parroquias a la vez, pagar muy poco a un sufragáneo por cada una de aquellas que

³ El evangelismo es una corriente que se desarrolla en la última década del siglo XIX en el seno de la Iglesia de Inglaterra para acercarse al mensaje original de los Evangelios mediante una observancia muy estricta de las reglas de la moral y una caridad activa. En 1829, los católicos obtuvieron «la emancipación», con la que gozaron de los mismos derechos políticos y sociales que los miembros de la Iglesia de Inglaterra.

no ocupaba, y vivir en la tercera. Ése era el caso del pastor titular de Shepperton, un ministro que, como tenía el vicio de invertir en bienes raíces, se endeudaba en un pueblo del norte y por ejercer sus funciones en Shepperton se embolsaba treinta y cinco libras y media anuales, el remanente de su estipendio como párroco tras entregar ochenta libras a su ministro sufragáneo. ¿Y ahora me pueden resolver el siguiente problema? Tenemos un hombre casado y con seis hijos, obligado a salir siempre con un traje negro impecable, sin el menor brillo que delate desgaste o las mangas un poco raídas, pues no puede socavar los fundamentos de la Iglesia; con un pañuelo níveo, que comporta una importante labor de bordado, almidonado y planchado; y con un sombrero que no siga la odiosa doctrina de lo circunstancial y se adapte a cualquier ocasión. Supongamos, además, que la extensión de su parroquia es tal que precisa para su sustento mucha carne vacuna y ovina y un buen número de zapatos para poder andar, y tan pobre que requiere frecuente consuelo espiritual en forma de pequeñas aportaciones de dinero; por último, supongamos que está obligado, por su propio orgullo y el de los demás, a vestir a su esposa y a sus hijos de forma adecuada, con sombreros y zapatos con lazos. ¿Estiman posible cubrir con ochenta libras de renta anual los gastos de ese hombre? Porque ése fue el problema que presentó el caso del reverendo Amos

Barton, como pastor sufragáneo de Shepperton, hace más de veinte años.

Si desean saber qué opinaban de este problema y del hombre que debía resolverlo algunos de los moradores más acaudalados de Shepperton, a los dos años de la llegada del señor Barton, sólo tienen que acompañarme a Cross Farm, hogar de la señora Patten, una anciana sin hijos que se había enriquecido merced a su inveterada costumbre de no gastar. Para la señora Hackit, su sarcástica vecina, esa riqueza se había podido acumular de forma tan pasiva incluso en los «malos tiempos» por los que había atravesado la finca de la que la señora Patten era propietaria única desde el fallecimiento de su marido, porque «las monedas de seis peniques crecían en las veredas de Cross Farm». En cambio, el señor Hackit, que era más pragmático, le recordaba a su esposa que el «dinero llamaba al dinero». Esta noche el señor y la señora Hackit, de la finca vecina, son huéspedes de la señora Patten; también el señor Pilgrim, el médico del pueblo más próximo, quien, pese que a veces se da ínfulas de aristócrata y a que ofrece cenas tardías con platos enigmáticos y un oporto ponzoñoso, nunca se siente tan cómodo como cuando puede estirar sus piernas profesionales en una de esas estupendas fincas en las que los ratones rebosan salud y las dueñas de casa sufren todo tipo de achaques.

De hecho, ahora mismo se siente a sus anchas,

porque el resplandor de la chimenea de la señora Patten se refleja en su refulgente tetera de cobre, los *muffins* caseros brillan con una suculencia incitante, y la sobrina de la señora Patten, una solterona de cincuenta años, que ha rechazado las propuestas de matrimonio más inaceptables por fidelidad a su anciana tía, está vertiendo la sustanciosa crema en el aromático té con discreta liberalidad.

¿Has probado alguna vez, lector, una taza de té como la que la señorita Gibbs está alcanzando en este instante al señor Pilgrim? ¿Conoces la agradable fuerza, la dulzura excitante del té bien mezclado con crema de producción casera? Seguramente no, porque lo más probable es que no seas más que un triste lector de ciudad, para el que la crema es un fluido blanco un poco aclarado que se reparte en cantidades infinitesimales al fondo de un corralillo sombrío. O quizá, porque temes que se te reblandezca el cerebro, evitas los derivados de la leche y prefieres restregarte la lengua con auténtica devoción. Para ti una vaca lechera debe de ser una especie de animal blanco de escayola plantado delante de la ventana de un lechero y lo ignoras todo de la dulce historia de la crema genuina, como la de la señora Gibbs. No sabes que esta mañana se hallaba en las ubres de esos animales enormes y brillantes que mugían en el establo mientras esperaban pacientemente que los ordeñaran; que la leche cayó, rítmicamente, en el orde-

ñadero de Betty, lanzando al aire frío un delicioso incienso; que luego fue llevada al templo de limpieza de humedad, la lechería, donde se separó de los elementos más nocivos de la leche, donde adquirió su deliciosa blancura. Quedó entonces lista para la vasija de la que a continuación pasó a la jarra de cristal de la señorita Gibbs. Si estoy en lo cierto, lector, desconoces las excelencias del té, mientras que el señor Pilgrim, que ahora sostiene una taza entre sus manos, no es precisamente un profano.

La señora Hackit rehúsa la crema, porque se ha privado de ella durante tanto tiempo en aras del ahorro semanal que ahora la aborrece. Es una mujer delgada que padece una afección crónica de hígado, hecho que le granjeaba toda la atención y la simpatía del señor Pilgrim, por mucho que la lengua de ella lo intimidara, pues era tan afilada como su lanceta. La señora Hackit había llevado su labor de ganchillo, que no era una labor de ganchillo cualquiera, sino unas medias de lana gruesa. El repiqueteo de las agujas de tejer acompasaba sus palabras de modo tan perfecto que no se le corría un punto ni cuando des-tripaba a un amigo presumido, que constituía su pasatiempo favorito.

Por su parte, la señora Patten no ve con buenos ojos todo ese repiqueteo. Inmóvil en su sofá, al que parece adherida desde hace tiempo mientras acumula sin parar interés compuesto, se aplicaba a sus male-

dicencias con esmero. Es una anciana menuda de ochenta años, con cofia y cortos rizos blancos, tan peripuesta, pulcra y hierática que parece una imagen de cera metida en una urna de cristal. Fue criada de una dama hasta que un buen día su belleza la llevó al altar. Adoraba a su marido tanto como ahora adora su dinero; tiene una sobrina, Janet Gibbs, a la que detesta con toda su alma. La señora Patten sabe perfectamente que su sobrina espera recibir una herencia sustanciosa, pero ella está decidida a fastidiarla. Piensa dejar todo su dinero a un pariente lejano de su marido, así que le ahorrará a Janet la necesidad de fingir su pesar cuando descubra que no le ha dejado prácticamente nada.

A la señora Patten le inspira más respeto su vecino, el señor Hackit, que la mayoría de la gente. El señor Hackit es un hombre sagaz y juicioso, cuyos consejos sobre los cultivos siempre merecen ser atendidos; además, es lo bastante rico para no necesitar pedir dinero prestado.

Y ahora que ya estamos cómodos y calentitos en compañía de este grupo que se ha reunido a merendar, en este mes de febrero gélido, podemos pasar a escuchar su conversación.

—Así que el domingo hubo jaleo en la iglesia de Shepperton —dijo el señor Pilgrim con la boca medio llena de *muffin*—. Esta mañana estuve en la casa de Jim Hood, el fagot, atendiendo a su esposa, y juró

que se vengaría del pastor, porque según él es un maldito metodista, un intrigante que se está metiendo en todo. ¿Alguien me puede contar lo que ocurrió?

—Oh, todo fue muy absurdo —dijo el señor Hackit mientras introducía un pulgar entre los botones de su ancho chaleco y asía una pizca de rapé entre el pulgar y el índice de la otra mano, pues, poco dado a «los mejunjes que animan pero no embriagan»,⁴ ya había terminado su té—. Empezaron a cantar el salmo de bodas⁵ en honor de una pareja de recién casados, uno de los salmos más hermosos del libro de plegarias. Desde que soy niño se canta a todas las parejas de recién casados. Es sencillamente insuperable.

El señor Hackit estiró entonces su brazo izquierdo, reclinó la cabeza y entonó:

No hay nada más gozoso
Ni hermoso
Que ver a los hermanos unidos
En buena armonía.

—Pero el señor Barton es defensor de los himnos y de un estilo musical que yo no comparto.

—Supongo que Barton —dijo el señor Pilgrim para sacar al señor Hackit del terreno lírico y devolverlo al narrativo— pidió silencio cuando subió al

⁴ William Cowper: *The Task*, 1784.

⁵ Salmo 133, en la versión antigua.

púlpito y enseguida se puso a cantar un himno de una iglesia disidente.

—Sí —dijo la señora Hackit al inclinarse hacia el candelabro que tenía a su lado para levantar un punto—, y se puso tan colorado como un pavo. Yo suelo decir que se abofetea a sí mismo cada vez que predica sobre la mansedumbre. Es como yo, tiene carácter.

—Yo diría que Barton es un tipo mal educado —dijo el señor Pilgrim, que le tenía inquina al reverendo Amos por dos motivos: en primer lugar, porque había requerido los servicios de otro médico, recién instalado en Shepperton, y, en segundo lugar, porque había curado a uno de sus pacientes gracias a que sabía algo de fármacos—. Dicen que su padre era un zapatero disidente y que también él es medio disidente. ¿O no es verdad que un domingo por la tarde predicó de manera improvisada en una casa de campo de las inmediaciones?

—¡Puaf! —ésta era la exclamación favorita del señor Hackit—. No está bien predicar sin notas, a menos que uno tenga un don o que sepa la Biblia de memoria. Eso lo sabía hacer Parry, pero precisamente porque tenía un don. Cuando era joven, oí en las calles de Yorkshire a unos predicadores perorar durante dos horas seguidas, sin parar ni un solo instante. Recuerdo que lo que les dijo un tipo con ingenio: «Sois como la paloma torcaz, que no sabe hacer otra

cosa que arrullar». Eso se llama pagar a la gente con su misma moneda. Pero nuestro pastor no tiene ese don. Puede predicar un buen sermón siempre que lo escriba. En cambio, cuando intenta predicar sin notas, se pone a divagar, no se ciñe a su texto, de pronto se pierde como una oveja descarriada y no sabe cómo reanudar el hilo. ¿Le gustaría ver eso, señora Patten, si fuera ahora a la iglesia?

—Verá, querido —dijo la señora Patten mientras se hundía en su silla y elevaba sus pequeñas manos reseca—, lo que yo me pregunto es lo que diría el señor Gilfil si pudiera conocer los cambios habidos en la iglesia en los últimos diez años. Porque yo no entiendo estas nuevas doctrinas. Cuando el señor Barton vino a verme, sólo me habló de mis pecados y de que tenía que redimirlos. Pero el caso es, señor Hackit, que yo nunca he sido pecadora. En mis pobres principios como criada, siempre cumplí con mis amos. Fui tan buena esposa como todas las mujeres del condado, pues nunca contrarié a mi marido. El hombre que compra mis quesos siempre ha dicho que son de absoluta confianza. He conocido a mujeres cuyos quesos estaban hinchados de forma vergonzosa, y eso que sus maridos contaban con el dinero que podían sacar de su venta para pagar la renta. Aún así, por cada falda que yo me compraba, aquellas mujeres se compraban tres. Puede que yo no me salve, pero sé de muchos que están en peor situación que yo. De

todas formas, prefiero no ir a la iglesia, porque sin los cantores de antes ya no queda nada de los tiempos del señor Patten. Y, para colmo, he oído que piensan derribar la iglesia para construir una nueva.

El hecho es que el reverendo Amos Barton, en su última visita a la señora Patten, le había pedido que aumentara las veinte libras de la aportación que había prometido, con el argumento de que no era sino una administradora de su fortuna y que la mejor forma en que podía emplearla para la gloria del Señor era entregando una buena suma para la reconstrucción de la iglesia de Shepperton, precepto práctico con el que difícilmente podía conseguir que ella se aviniera a su doctrina teológica. El señor Hackit, que sabía un poco más de doctrina que la señora Patten y, en consecuencia, se había escandalizado ligeramente por el tono pagano de sus palabras estaba, sin embargo, encantado con el nuevo giro que había tomado la conversación, pues le permitía intervenir como mayordomo de la iglesia y autoridad en todos los temas parroquiales.

—Así es —respondió—, el pastor ha conseguido sus propósitos y vamos a derribarla esta primavera. Pero aún no hemos reunido el dinero suficiente. Yo prefería esperar hasta que tuviéramos la cantidad necesaria, porque creo que últimamente ha disminuido el número de fieles, mientras que el señor Barton opina que falta sitio cuando vienen todos. La verdad es que en la época de Parry iba tanta gente que mu-

chos tenían que quedarse de pie en los pasillos. Ahora, en cambio, la iglesia nunca se llena.

—La verdad es que a mí el señor Barton me cae bien —dijo la señora Hackit, que ahora, por llevar la contraria a los demás, sacaba a relucir su naturaleza bondadosa—. Creo que es un buen hombre, aunque no tenga la cabeza muy bien amueblada, y su esposa es una mujer excepcional. Con el poco dinero del que dispone, tiene a sus niños de punta en blanco. Es una criatura delicada, que está criando a seis hijos y esperando otro. No sé cómo se las arreglan para llegar a fin de mes, sobre todo ahora que la tía de ella los ha dejado. La semana pasada les envié un queso y un saco de patatas; eso los ayudará a pasar menos apuros en los meses más difíciles.

—Sí —dijo el señor Hackit—, además mi esposa le prepara al señor Barton un buen vaso de brandy con agua cuando viene a comer después de predicar en la casa de campo. Al pastor le gusta; se le suben los colores a la cara y se vuelve más simpático.

La mención del brandy y el agua hizo que a la señorita Gibbs se le ocurriera sacar las botellas de licor, pues ya habían terminado el té. Y es que en la sociedad pueblerina de hace veinticinco años se daba por hecho que el animal humano de sexo masculino estaba permanente sediento, y «beber algo» era algo tan necesario para el «desarrollo del pensamiento» como el espacio y el tiempo.

—Verán, el otro día estuve hablando sobre la prédica en la casa de campo con el pastor Ely —dijo el señor Pilgrim mientras se servía un buen vaso de licor—, y les puedo asegurar que no la aprueba en absoluto. Me dijo que enseñar religión de un modo tan familiar puede resultar tan beneficioso como perjudicial. Eso fue lo que me dijo Ely, que enseñar religión de un modo tan familiar puede resultar tan beneficioso como perjudicial.

El señor Pilgrim hablaba a trompicones; de hecho, uno de sus pacientes había observado que era una lástima que un hombre tan sabio tuviera un defecto en su habla. Ahora bien, cuando llegaba a lo que consideraba el quid de su argumento o del chiste que estaba contando, su voz se tornaba clara y categórica, como una gallina cuando pone un huevo, y pasaba a intervalos irregulares de las simples notas en *pianissimo* a las dobles corcheas en *fortissimo*. Las palabras del señor Ely las juzgaba especialmente metafísicas y profundas, además de muy atinadas, porque para él se referían a todo y no le explicaban nada.

—No estoy segura de eso —dijo la señora Hackit, que siempre tenía el valor de manifestar su opinión—, pero sé que algunos de nuestros obreros e hilanderas, que nunca van a la iglesia, acuden a la casa de campo, y eso es mejor para ellos que no escuchar nunca nada bueno en varias semanas. Además, el señor Barton ha creado la Asociación para la Lectura

de Textos Religiosos.⁶ Pues bien, he visto que allí van a leer más pobres que todos los que he visto en la iglesia en todo el tiempo que llevo viviendo en la parroquia. Y había que hacer algo por ellos, porque en los clubs de beneficencia beben vergonzosamente. Apenas hay hombres y mujeres sobrios que no sean disidentes.

Durante el parlamento de la señora Hackit, el señor Pilgrim había hecho unos ruiditos que recordaban los agudos gruñidos de una cobaya, que era su manera de manifestar su oculto desacuerdo. Sin embargo, jamás contradecía a la señora Hackit, una mujer en cuya casa siempre se podía comer con toda confianza y que, por su parte, confiaba plenamente en las sangrías, en los emplastos y en los fármacos.

Pero la señora Patten también estaba en desacuerdo y no tenía ningún motivo para ocultarlo.

—Verá —acotó—, hasta donde yo sé, no es bueno meterse en la vida de los vecinos, ya sean ricos o pobres. Y aborrezco la idea de ver a mujeres de casa en casa a todas horas, haga frío o calor, con las enaguas y los zapatos embarrados. Jane quería unirse a esos paseos religiosos, pero le advertí que no se lo iba a permitir a nadie de mi casa; cuando yo no esté, podrá hacer lo que se le antoje. Yo nunca me he em-

⁶ En el original *Tract Society*, asociación fundada en 1799 por los anglicanos y los no conformistas.

barrado las enaguas y no tengo una buena opinión de esa clase de religión.

—No —dijo el señor Hackit, al que le encantaba halagar la mordacidad de las mujeres con un cumplido jocoso—, usted lleva las enaguas muy altas, para mostrar sus finos tobillos; cualquiera no puede mostrar unos tobillos así.

Todo el mundo aplaudió la broma, incluso la desairada Janet, cuyos tobillos sólo eran finos por la exagerada estrechez de sus botines. Pero parecía que Janet se identificaba siempre con la personalidad de su tía, conteniéndose de demostrar la suya propia.

Todos los caballeros, amparados por la hilaridad general, rellenaron sus vasos, aunque el señor Pilgrim, con la excusa de que se tenía que marchar, fue más generoso con el suyo. La señora Gibbs aprovechó el momento para contarle a la señora Hackit que sospechaba que Betty, la ordeñadora, le freía el mejor tocino al pastor cuando la ayuda a «fabricar»; a lo cual la señora Hackit repuso que siempre había creído que Betty era una falsa; la señora Patten, por su parte, dijo que nunca le habían robado tocino cuando ella estaba en condiciones de dirigir las cosas. El señor Hackit, que solía afirmar que no entendía la relación de las señoras con sus criadas, porque él nunca había tenido problemas con sus empleados, para cambiar de tema le preguntó al señor Pilgrim por las algarrobas. Así, la conversación siguió por otro de-

rrotero y ya no se dijo nada más del reverendo Amos Barton, que es el objeto central de nuestro relato. Podemos, pues, irnos de Cross Farm sin esperar a que la señora Hackit, con los zuecos ya puestos y sus bolsas ya listas, consiga que el señor Pilgrim cumpla por fin sus reiteradas amenazas de marcharse.

Editorial Belvedere